buscar el abrigo de los emparrados. La transparencia y reflejo de las hojas de la vid teñían las sombras flotantes de un color vivo y algo dorado.

## CAPÍTULO SEGUNDO

1

Entonces Graciela se metía en casa para hilar al lado de su abuela, ó preparar la comida del medio día. En cuanto al viejo pescador y Beppo, pasaban días enteros á orillas del mar estivando la barca nueva, haciendo en ella los perfeccionamientos que su pasión ó su nueva propiedad les inspiraba, y en probar las redes al abrigo de los escollos. Para la comida del mediodía nos traían siempre algunas langostas ó anguilas de escamas más relucientes que el plomo recién fundido. La vieja las hacía freir en aceite de olivas, aceite que, según el uso del pais, conservaba la familia en el fondo de un pozo abierto en la roca, muy cerca de la casa, y cerrado con una gran piedra

con una argolla de hierro. Algunos cohombros fritos del mismo modo y cortados en tiras en la sartén; algunos mariscos frescos como almejas, llamados frutti di mare (fruta de mar), componian para nosotros aquella frugal comida, la principal y más suculenta que haciamos al dia. Uvas moscateles de largos racimos amarillos, cogidas aquella mañana por Graciela, conservadas con sus propias hojas y servidas en canastillos de mimbre, formaban los postres. Una ramita ó dos de hinojo verde y crudo, mojado en la pimienta y cuyo olor de anis perfuma los labios y fortifica el estómago, hacía las veces de licor y de café, según la costumbre de los marineros y campesinos de Nápoles. Después de la comida ibamos mi amigo y yo a buscar algun paraje sombrio y fresco de las montañas à la vista del mar y de la costa de Bayas, y pasábamos allí mirando, meditando y leyendo las horas calorosas del día hasta las cuatro ó las cinco de la tarde.

11

No habíamos salvado de las olas más que tres volumenes descabalados, y eso porque no estaban en nuestra maleta de marino cuando la arrojamos al mar, y eran un tomito italiano de Ugo Fóscolo intitulado: Cartas de Jacobo Ortis, especie de Werther, semi-político y semi-romántico, en que la pasión de la libertad de su país se mezcla en el corazón de un joven italiano á su pasión por una bella veneciana. El doble entusiasmo, nutrido por aquel doble fuego del amante y del ciudadano, enciende en el alma de Ortis una fiebre, cuyo acceso demasiado fuerte para un hombre sensible y enfermizo, produce al fin el suicidio. Este libro, copia literal, pero luminosa y llena de colorido del Werther de Gœthe, andaba entonces en las manos de todos los jóvenes que alimentaban, como nosotros, en su alma ese noble pensamiento de los que son dignos de pensar algo grande: el amor y libertad.

#### 111

La policía de Bonaparte y de Murat proscribía en vano al autor y al libro. El autor tenía por asilo el corazón de todos los patriotas italianos y de todos los liberales de Europa. El libro tenía por santurio el pecho de jóvenes como nosotros, y allí lo ocultábamos para aspirar sus máximas. De los otros dos volúmenes que habiamos salvado, el uno era Pablo y Virginia, de Bernardino de Saint-Pierre, ese manual del amor natural é ingénuo, libro que parece una página de la infancia del mundo, arrancada de la historia del corazón humano y conservada enteramente pura y empapada en lágrimas contagiosas para los ojos de diez y seis años.

El otro era un volúmen de Tácito, páginas manchadas de liviandad, de vergüenza y de sangre, pero donde la verdad estóica toma el buril y la aparente impasibilidad de la historia para inspirar á los que la comprenden el ódio á

la tirania, el valor de las grandes abnegaciones y la sed de las muertes generosas.

Por una casualidad correspondían estos tres libros à los tres sentimientos que hacian desde entonces vibrar como por virtud de un presentimiento nuestras almas juveniles; el amor, el entusiasmo por la emancipación de la Italia y de la Francia, y, en fin, la pasión por la acción política y por el movimiento de las grandes cosas, cuya imagen nos presentaba Tacito, y por las cuales bañaba nuestras almas desde muy temprano en la sangre de su pincel y en el fuego de la virtud antigua. Leiamos en voz alta y alternativamente, unas veces admirando, otras llorando y otras meditando. Interrumpiamos estas lecturas con largos intervalos de silencio y con algunas exclamaciones, que eran para nosotros el comentario irreflexivo de nuestras impresiones, y que el viento se llevaba con nuestros pensamientos.

#### IV

Parameter and the liver

Nos colocábamos á nosotros mismos con el pensamiento en alguna de esas situaciones ficticias ó reales que el poeta ó el historiador refería. Nos formábamos un ideal de amante ó de ciudadano, de vida privada ó de vida pública, de felicidad ó de virtud, y nos complacíamos en combinar esas grandes circunstancias, esas maravillosas eventualidades y esas épocas de revolución en que los hombres más oscuros se dan à conocer à la multitud por su genio, y son llamados como por sus nombres à combatir la tirania y à salvar las naciones, y víctimas luego de la instabilidad y de la ingratitud de los pueblos, acaban por ser condenados à morir en el patibulo, à la faz de la época que los desconoce y de la posteridad que los venga.

No había papel heróico, cualquiera que fuese, que no hubiera hallado nuestras almas al nivel de las situaciones. Nos preparábamos á todo, y por si la fortuna no realizaba un día esas grandes pruebas en que nos precipitábamos con el pensamiento, nos vengábamos de antemano despreciándola. Sentiamos dentro de nosotros mismos ese consuelo de las almas fuertes, reflexionando que si nuestra vida llegaba á ser inútil, vulgar y oscura, sería la fortuna la que nos faltase y no nosotros los que faltásemos á la fortuna.

# reachers, in a state of the color colored accounts.

Cuando bajaba el sol hacíamos largas excursiones por la isla; la atravesábamos en todas direcciones; ibamos á la ciudad á comprar pan ő legumbres que no había en el huerto de Andrés, y algunas veces traíamos un poco de tabaco, ese opio del marinero, que le anima en el mar y le consuela en la tierra. Volvíamos al anochecer con los bolsillos y las manos llenos de nuestras modestas munificencias. Por las noches se reunia la familia sobre el terrado, que en Nápoles se llama el astrico, para esperar la hora del sueño. Nada

más pintoresco en las hermosas noches de aquel clima que la escena del astrico al resplandor de la luna.

En el campo la casa baja y cuadrada se asemeja à un pedestal antiguo que sostiene grupos vivos y estatuas animadas. Todos los habitantes de la casa suben al astrico, se mueven ó se sientan en actitudes diversas: la claridad de la luna ó los resplandores de la lámpara proyectan y dibujan aquellos perfiles sobre el fondo azul del firmamento. Vése allí à la madre anciana hilar, al padre fumar en su pipa de barro con tubo de caña; á los jóvenes reclinarse sobre el pretil y cantar en notas prolongadas esos aires marítimos ó campestres, cuyo acento vibrante tiene algo del gemido de la madera atormentada por las olas ó de la vibración estridente de la cigarra al sol; las muchachas, en fin, con sus zagalajos cortos, sus piés descalzos, sus corpiños verdes y guarnecidos de oro ó de seda, y sus largos cabellos negros flotando sobre sus espaldas, envueltos en un pañuelo atado al cuello con grandes nudos para preservar su cabellera del polvo.

Frecuentemente bailan solas ó con sus hermanos; la una tiene una guitarra, la otra levanta sobre su cabeza una pandereta rodeada de dorados cascabeles. Estos dos instrumentos, el uno lastimero y suave, el otro monótono y sordo, son muy à propósito para reproducir, casi sin arte, las dos notas alternativas del corazón del hombre: la tristeza y la alegría. Se les oye durante las noches de estio sobre casi todas las azoteas de las islas ó de la campiña de Nápoles, y aun en las barcas. Este concierto aéreo, que persigue al oido de sitio en sitio, desde el mar hasta las montañas, se asemeja à los zumbidos de un insecto más, que el calor hace nacer y zumbar bajo aquel hermoso cielo. Este pobre insecto es el hombre, que canta algunos dias delante de Dios su juventud y sus amores, y después calla por toda una eternidad. Jamás he podido oir esas notas esparcidas al aire desde lo alto de los astricos sin pararme y sentir oprimido mi corazón como si quisiera estallar de alegría interior ó de melancolía más fuerte que yo.

unity leadership to a warrant brief a section

Tales eran también las actitudes, las músicas y las voces sobre el terrado de la casa de Andrés.

Graciela tocaba la guitarra, y Beppino, haciendo

resonar sus dedos infantiles sobre la panderetà

que había servido en otro tiempo para dormirlo.

en su cuna, acompañaba á su hermana. Aunque

los instrumentos fueron alegres y las actitudes de

alegria, los aires eran tristes, y las notas, lentas

y raras, iban á herir profundamente las fibras

adormecidas del corazón. Esto sucede con la mú-

sica donde quiera que no es un vano recreo del

oido, sino un gemido armonioso de las pasiones

que sale del alma por la voz. Todos sus acentos

son suspiros; todas sus notas brotan lágrimas con

el sonido; jamás se puede tocar un poco fuerte

al corazón del hombre sin que salgan de él lágri-

mas, pues hasta tal punto está la naturaleza llena

en el fondo de tristeza, y hasta tal grado todo

structure at a structure of the structur

cuanto la agita hace subir la hez á nuestros labios y nubes á nuestros ojos!...

## VII

Hasta cuando Graciela, instada por nosotros, se levantaba modestamente para bailar la tarantela al sonido de la pandereta tocada por su hermano, y arrebatada por el movimiento rápido de aquel baile nacional giraba sobre si misma, con los brazos graciosamente levantados, imitando con sus dedos el sonido de las castañuelas y precipitando los pasos de sus piés desnudos como gotas de lluvia sobre el terrado, había en el aire, en las actitudes y en el frenesí mismo de aquel delirio en acción algo de serio y de triste, como si toda alegria no hubiese sido mas que una demencia pasajera, ó como si para coger un rayo de felicidad la juventud y la hermosura tuvieran necesidad de aturdirse hasta el vértigo y embriagarse con el movimiento hasta la locura.

#### VIII

Las más de las veces nos entreteniamos gravemente con nuestros huéspedes, haciéndoles contar sus vidas, sus tradiciones ó sus recuerdos de familia. Cada familia es una historia y hasta un poema para quien sabe hojearla. Aquella tenía también su nobleza, su riqueza y su prestigio en lontananza.

El abuelo de Andrés era un negociante griego de la isla de Egina que, perseguido á causa de su religión por el bajá de Atenas, embarcó una noche á su mujer, á sus hijas, á sus hijos y toda su fortuna en uno de los barcos que poseía para el comercio, y se refugió en Prócida, donde tenía corresponsales y donde la población era griega como él. Allí compró muchos bienes, de los que no quedaban ya más vestigios que la pequeña alquería donde estábamos y el nombre de los antepasados grabado en algunos sepulcros en el cementerio de la ciudad. Sus hijas habían

muerto religiosas en el monasterio de la isla. Los hijos habían perdido toda su fortuna en las borrascas que habían sepultado sus barcos. La familia, en fin, había caido en completa desgracia y en la miseria, y hasta había cambiado su hermoso nombre griego por otro nombre oscuro de pescador de Prócida. « Cuando una casa se desploma, acábase por barrer hasta la última piedra », nos decía Andrés. « De todo lo que mi abuelo poseía debajo del cielo sólo quedan mis dos remos, la barca que ustedes me han devuelto, esta cabaña que no puede ya sostener à sus dueños, y la gracia de Dios. »

#### IX

La vieja y Graciela nos rogaban á su vez que les dijéramos quienes éramos nosotros, donde estaba nuestro país y que hacian nuestros padres; si teniamos padre, madre, hermanos, hermanas, una casa, higueras y viñas, porque habiamos dejado todo esto tan jóvenes para venir á remar,

X

leer, escribir, meditar al sol y acostarnos sobre la tierra en el golfo de Nápoles. Por más que les deciamos, jamás pudimos hacerles comprender que no nos llevaba otro objeto que mirar al cielo y al mar, evaporar nuestra alma al sol, sentir en nosotros nuestra juventud y recoger las impresiones, los sentimientos y las ideas que tal vez escribiríamos después en verso, como los que veían escritos en nuestros libros, ó como los que los improvisadores de Nápoles recitaban los domingos por la tarde á los marineros en el muelle ó en la Margellina.

— Ustedes se quieren burlar de mi, nos decia Graciela, soltando una carcajada: ¡Ustedes poetas! ¡y no tienen los cabellos erizados y los ojos azorados de los que se llaman así en los muelles de la marina! ¡Ustedes poetas y no saben siquiera puntear una nota en la guitarra! ¿Con que se acompañan en las canciones que hacen?

En seguida meneaba la cabeza, haciendo un gracioso mohín é impacientándose porque no queríamos decir la verdad.

Algunas veces se apoderaba de su alma una cruel sospecha, y aparecía en su mirada cierta sombra de temor; pero esto no duraba, y la oíamos decir en voz baja à su abuela : « No, no es posible, no son refugiados echados de su pais por una mala acción. Son demasiado jóvenes y buenos para conocer el mal. » Entonces nos divertiamos en contarle algunas grandes fechorias de que nos declarabamos autores; pero el contraste de nuestras frentes tranquilas y límpidas, de nuestros ojos serenos, de nuestros labios risueños y de nuestros corazones abiertos, con los crimenes fantásticos que suponiamos haber cometido, la hacía reir á carcajadas, así como á su hermano, y pronto disipaba toda posibilidad de desconfianza.

#### XI

Graciela nos preguntaba frecuentemente que era lo que leiamos todos los días en nuestros libros; creia que eran oraciones, porque jamas había visto libros sino en la iglesia en manos de los fieles que sabian leer y seguian las palabras santas del sacerdote, y nos suponia muy piadosos, puesto que pasabamos dias enteros balbuceando palabras misteriosas, sólo que extrañaba que no nos hiciéramos curas ó ermitaños en un seminario de Napoles ó en cualquier monasterio de las islas. Para desengañarla quisimos leer dos ó tres veces, traduciéndolos en la lengua vulgar del pais, pasajes de Fóscolo y algunos bellos fragmentos de nuestro Tácito.

Pensábamos que aquellos suspiros patrióticos del desterrado italiano, y aquellas grandes tragedias de la Roma imperial harian fuerte impresión sobre nuestro sencillo auditorio, porque el pueblo tiene patria en los instintos, heroismo en el sentimiento y drama en el golpe de vista. Lo que sobre todo retiene en su memoria son las grandes caidas y las muertes heróicas; pero no tardamos en conocer que estas declamaciones y escenas tan poderosas en nosotros no producian efecto alguno en aquellas almas sencillas. El sentimiento de la libertad política, esa aspiración de los hombres desocupados, no desciende tan bajo en el pueblo.

Aquellos pobres pescadores no comprendian por que Ortis se desesperaba y se mataba, puesto que podía gozar de todos los verdaderos placeres de la vida, pasearse sin hacer nada, ver el sol, amar à su querida y rogar à Dios en las verdes margenes del Brenta. ¿Por qué atormentarse así, decian, por ideas que no penetran hasta el corazón? ¿Qué le importa que sean los austriacos ó los franceses los que reinan en Milán? Es una locura tomarse tanta pena por semejantes cosas. Y nada más escuchaban.

## schee lode reiene zu se neemern ven las genete cielus y las meners h IIX ext. pare no tardante

En cuanto à Tacito, prestaban menos atención à su lectura. El imperio ó la república, esos hombres que se mataban mutuamente, unos por reinar, otros por no sobrevivir à la servidumbre, aquellos crimenes por el trono, aquellas virtudes por la gloria y aquellas muertes por la posteridad los dejaban fríos. Aquellas borrascas de la historia rugian à demasiada altura sobre sus cabezas para que les afectasen, y eran para ellos como truenos que suenan à los lejos sobre la montaña, que oimos sin inquietarnos, porque no caen sino sobre las cimas, y no commueven la vela del pescador ni la casa del campesino.

Tacito sólo es popular para los políticos ó para los filósofos; es el Platón de la historia. Su sensibilidad es demasiado refinada para el vulgo. Para comprenderlo se necesita haber vivido en los tumultos de la plaza pública ó en las misteriosas intrigas de los palacios. Quitad la libertad, la am-

bición ó la gloria à esas escenas; ¿ qué queda de ellas? Tales son los tres grandes actores de sus dramas; pero estas tres pasiones son desconocidas para el pueblo, porque son pasiones del espíritu, y él solo comprende las pasiones del corazón. Nosotros nos convencimos de esta verdad al ver la frialdad y la extrañeza que estos fragmentos causaban en nuestros oyentes.

Viendo esto nos pusimos una noche à leerles Pablo y Virginia: yo fui quien traduje este libro leyéndolo, porque estaba tan acostumbrado à leerlo que lo sabia, por decirlo así de memoria. Familiarizado por mi larga residencia en Italia con la lengua, no me costaba trabajo hallar las expresiones, y fluian de mis labios como una lengua materna. Apenas comencé esta lectura, cuando cambiaron las fisonomías de nuestro auditorio y tomaron el aire de atención y recogimiento, que es indicio seguro de la emoción del corazón. Habíamos hallado la nota que vibra unisona en el alma de todos los hombres, de todas las edades y de todas las condiciones, la nota sensible, la nota universal, la que encierra en un solo sonido

la eterna verdad del arte : la naturaleza, el amor y Dios.

### XIII

No había yo leido todavía sino algunas páginas, y ya todos mis huéspedes ĥabían cambiado de actitud. El pescador, apoyando el codo en su rodilla y aplicando el oído hácia mi lado, se olvidaba de aspirar el humo de su pipa. La vieja, sentada enfrente de mi tenía sus dos manos juntas debajo de la barba, en la actitud de esas pobres mujeres que escuchan la palabra de Dios acurrucadas sobre el pavimento de los templos. Beppo se había bajado del pretil del terrado donde hacía poco estaba sentado, y colocando silenciosamente su guitarra en el suelo, puso la mano sobre el mastil como si temiera que el viento hiciera resonar sus cuerdas; Graciela, que se mantenia ordinariamente algo lejos, se aproximó insensiblemente à mi, como si la hubiera fascinado un poder de atracción oculto en el libro.

Recostada contra la pared del terrado, à cuyo pié estaba yo tendido, se aproximaba cada vez más hácia mi lado, apoyada sobre su mano izquierda, que aplicaba al suelo en actitud de un gladiador herido. Abriendo cuanto podía los ojos, miraba unas veces el libro y otras mis labios, de donde fluía la relación, y otras, en fin, el vació entre mis labios y el libro, como si hubiera buscado con la mirada el invisible espíritu que me lo interpretaba. Yo oía su aliento desigual interrumpirse ó precipitarse según las palpitaciones del drama, como la respiración anhelosa del que sube una montaña y se para para respirar de tiempo en tiempo. Antes de llegar à la mitad de la historia, la pobre niña había olvidado su reserva algo salvaje conmigo. Sentía el calor de su respiración sobre mis manos. Sus cabellos rozaban mi frente. Dos ó tres lágrimas caidas de sus mejillas manchaban las páginas muy cerca de mis dedos.

XIV

A excepción de mi voz lenta y monótona, que traducia literalmente à aquella familia de pescadores ese poema del corazón, no se oía más ruido que los golpes sordos y lejanos del mar que batia la costa. Este mismo ruido estaba en armonia con la lectura. Era como el desenlace previsto de la historia que rugia de antemano en el aire al principio y durante el curso de la relación. Cuanto más se desarrollaba esta relación, más parecía interesar à nuestros sencillos oyentes. Cuando yo vacilaba por casualidad en hallar la expresión exacta para verter la palabra francesa, Graciela, que hacia ya un rato tenia la lampara abrigada del viento con su delantal, la acercaba más à las páginas, y cuasi quemaba el libro en su impaciencia, como si hubiera creido que la luz del fuego iba à hacer brotar el sentido intelectual à mis labios. Yo rechazaba sonriendo la lampara con la mano, sin apartar los ojos de la página, y sentía mis dedos mojados con sus lágrimas.

the manufacture XV respect to the surface

Cuando llegué al punto en que Virginia, llamada à Francia por su tia, siente, por decirlo así, dividirse su sér en dos y se esfuerza por consolar à Pablo debajo de los plátanos, hablándole de su vuelta y mostrándole el mar que va à llevarla, cerré el libro y aplacé su lectura para el día siguiente.

Este fué un golpe fatal para aquellas pobres gentes. Graciela se puso de rodillas delante de mí y luego delante de mi amigo, para suplicarnos que acabáramos la historia. Pero todo fué en vano. Queríamos prolongar el interés para ella y el encanto de la prueba para nosotros. Entonces ella arrancó el libro de mis manos, y lo abrió como si hubiera podido á fuerza de voluntad comprender sus caracteres. Ella le habló, lo abrazó y lo puso respetuosamente sobre sus rodillas,

juntando las manos y mirándome en actitud supli-

Su fisonomia, tan serena y risueña en la calma, aunque algo austera, había tomado repentinamente, de la pasión y del enternecimiento simpático de aquella relación, algo de la animación, del desorden y de lo patético del drama. Hubiérase dicho que una revolución repentina había cambiado aquel hermoso mármol en carne y en lágrimas. La joven sentía su alma, hasta allí dormida, revelarse à ella misma en el alma de Virginia. Parecia haber adquirido seis años de madurez y experiencia en aquella media hora. Las tintas borrascosas de la pasión oscurecían su frente, el blanco azulado de sus ojos y sus mejillas. Era como un agua tranquila y abrigada donde el sol, el viento y la sombra habían venido à luchar de repente por primera vez; nosotros no podíamos cansarnos de mirarla en aquella actitud. Ella, que hasta entonces no nos había inspirado sino jovialidad, nos inspiró casi respeto, pero en vano nos suplicó que continuarámos, pues no queríamos gastar nuestro poder de una

sola vez, y nos agradaban demasiado sus bellas lágrimas para que tratáramos de secar su fuente en un día. Retiróse enfadada, y apagó la lámpara con cólera.

#### XVI

A la mañana siguiente, cuando la ví debajo de los emparrados y quise hablarla, se volvió como quien trata de ocultar sus lágrimas y no quiso responderme. Veíase en sus ojos bordados por un ligero círculo negro, en la palidez más mate de sus mejillas y en una ligera y graciosa depresión de los ángulos de su boca, que no había dormido, y que su corazón estaba todavía lleno de los pesares imaginarios de la víspera. ¡Maravilloso poder de un libro que obra sobre el corazón de una niña rústica y de una familia ignorante con toda la fuerza de una realidad, y para quienes la lectura de ese libro es un acontecimiento en la vida del corazón!

La razón de este fenómeno estaba en que, así como yo traducía el poema, el poema había tra-

and the their mission with the least

ducido la naturaleza, y en aquellos acontecimientos tan sencillos, la cuna de aquellos dos niños á los piés de las dos pobres madres, sus amores inocentes, su separación cruel, aquel regreso engañado por la muerte, aquel naufragio y aquellos dos sepulcros que no encierran más que un solo corazón debajo de los plátanos, son cosas que todo el mundo siente y comprende desde el palacio hasta la cabaña del pescador. Los poetas buscan el genio muy lejos, siendo así que está en el corazón, y que bastan unas cuantas notas sencillas, tocadas piadosamente y por casualidad en este instrumento formado por el mismo Dios, para hacer llorar à todo un siglo y hacerse tan populares como el amor y tan simpáticos como el sentimiento. Lo sublime fatiga, lo bello engaña. Sólo lo patético es infalible en el arte. El que sabe enternecer, lo sabe todo.

Hay más genio en una lágrima que en todos los museos y en todas las bibliotecas del universo. El hombre es como el árbol que se sacude para hacer caer sus frutos; jamás se conmueve al hombre sin que caígan de él lágrimas.

## XVII

mento de la vistora, de la religione & la me

district to seem at the deal of short

Todo aquel dia estuvo triste la casa como si hubiese ocurrido algún acontecimiento doloroso en la humilde familia. Nos reunimos todos para comer sin hablar casi una palabra; nos separamos así y volvimos à vernos sin que asomara à los labios la sonrisa. Se veía que Graciela no ponía cuidado en lo que hacía mientras trabajaba en el huerto ó en el terrado, mirando sin cesar si el sol bajaba, como quien no esperaba de aquel día otro momento que el de la noche.

Cuando llegó ésta y volvimos à ocupar todos nuestros puestos acostumbrados sobre el astrico, abri el libro y acabé la lectura en medio de los sollozos. Viejos, niños, mi amigo, yo mismo, todos participaban de la emoción general. El sonido triste y grave de mi voz se plegaba, sin que me apercibiera de ello, á la tristeza de las aventuras y á la gravedad de las palabras. Al fin

de la relación parecian venir de lejos y caer desde lo alto en el alma con el acento hueco de un pecho vacio donde el corazón no late ya ni participa de las cosas terrestres sino por medio de la tristeza, de la religión y de la memoria.

#### XVIII

Concluida la lectura, nos fué imposible pronunciar vanas palabras. Graciela permaneció inmóvil en la actitud en que se hallaba escuchando,
como si todavía siguiera yo leyendo. El silencio,
ese aplauso de las impresiones reales y duraderas,
no fué interrumpido por nadie. Cada uno respetaba en los demás los pensamientos que sentía de
si mismo. La lámpara, casi consumida, se apagó
insensiblemente sin que ninguno de nosotros
llevase à ella la mano para reanimarla. La familia
se levantó y se retiró furtivamente. Mi amigo y
yo nos quedamos solos confundidos al ver cuán
grande era la fuerza que tenían la verdad, la sen-

cillez y el sentimiento sobre todos los hombres, sobre todas las edades y todos los paises.

Acaso otra emoción agitaba también el fondo de nuestras almas. La seductora imagen de Graciela, trasformada por sus lágrimas, iniciada en el dolor por el amor, flotaba en nuestros sueños con la celeste creación de Virginia. Estos dos nombres y aquellas dos criaturas, confundidas en errantes apariciones, encantaron y entristecieron nuestro sueño agitado hasta la mañana. En la noche de aquel dia, y en las de los dos subsiguientes, fué preciso volver à leer à Graciela la misma relación, y aunque se la hubiéramos leido cien veces no se habría cansado de oirla, porque es propio de las imaginaciones meridionales, pensativas y profundas, no buscar la variedad en la poesía ó en la música, pues éstas no son, por decirlo así, otra cosa que los temas á que cada uno ajusta sus propios sentimientos, alimentándose y nutriéndose con ellos sin saciarse, como el pueblo se nutre con la misma relación y el mismo aire de música durante siglos enteros. La misma naturaleza, esa música y esa poesía su110

prema, ¿ qué otra cosa tiene sino dos ó tres palabras y dos ó tres notas, siempre las mismas, con las cuales entristece ó encanta á los hombres, desde el primero hasta el último suspiro?

#### XIX

Al salir el sol el día noveno, cayó al fin el viento del equinoccio, y en pocas horas se trasformó el mar en un mar de verano. Las montañas mismas de la costa de Napoles, así como las aguas y el cielo, parecían nadar en su fluido más limpido y azul que durante los meses de los grandes calores, como si el mar, el firmamento y las montañas hubiesen sentido ya ese primer calofrio del invierno que cristaliza el aire y le hace brillar como la nieve de los ventisqueros. Las hojas amarillas de la vid y las negruzcas de las higueras comenzaban a caer y alfombrar el patio. Ya estaban cogidas las uvas. Los higos secados al sol sobre el astrico estaban ya embalados en cestos groseros de yerbas marinas tejidos por las mu-

jeres. La barca se hallaba dispuesta y aparejada para trasladar à la familia del pescador à la Margellina. Se limpió la casa y el terrado. Se cubrió la fuente con una gran piedra para que las hojas secas y las aguas del invierno no la corrompieran. Se sacó todo el aceite del pozo abierto en la roca y se encerró en vasijas de barro que los niños condujeron à la playa, metiendo unos palos por entre las asas. Del colchón y de los cobertores se hizo un lío atado con cuerdas. Se encendió por última vez la lámpara á la imagen abandonada del hogar. Se rezó la última oración à la Virgen, pidiéndola que protegiese la casa, la higuera y la viña que ibamos á dejar por muchos meses. Después se cerró la puerta y se guardó la llave en el fondo de una grieta en la roca, y se tapó con hiedra para que, si el pescador volvia durante el invierno, pudiera hallarla facilmente y visitar su casa. En seguida bajamos á la playa ayudando á la pobre familia à llevar y embarcar el aceite, los panes y los frutos.